

# EDITORIAL

## El despertar de las nuevas fronteras polares y el fin de la era de la contención

Por Ernesto Martin Raffaini

El orden geopolítico actual atraviesa una transformación. El eje de la competencia estratégica entre Estados Unidos y la República Popular China se concentra en el Asia Indo Pacífico, pero en la actualidad el conflicto se viene desplazando hacia el hemisferio occidental y las regiones polares.

Los conflictos actuales, como la guerra Ucrania-Rusia, las operaciones en medio oriente en Gaza y en el Líbano por parte de Israel, las operaciones *Absolute Resolve* y *Midnight Hammer*, nos muestran cómo las potencias hacen la guerra del siglo XXI. Estos escenarios emergen como el epicentro de una nueva fricción tectónica, donde convergen la disputa por el dominio aéreo, marítimo, el despliegue de infraestructura de uso dual y la búsqueda de una resiliencia logística sin precedentes.

Esta evolución no es accidental. China ha desplegado más allá de su área geográfica de influencia mediante una estrategia paciente y persistente de proyección global basada en el desarrollo industrial y la creación de enclaves estratégicos logísticos con capacidades de uso dual. El Puerto de Chancay, en Perú, ejemplifica esta ruptura: un puerto construido y administrado por intereses chinos en el “patio trasero” de Washington representa mucho más que una obra de infraestructura; constituye un punto de anclaje logístico que altera el cálculo estratégico estadounidense en el continente americano. Frente a esta realidad, Washington reactiva y actualiza su Doctrina Monroe en clave de Trump, priorizando nuevamente el control de su hemisferio y limitando la presencia de potencias extracontinentales en infraestructuras críticas. Claro ejemplo de esto fue la ya nombrada operación *Absolute Resolve* en Venezuela, que finalizó con la captura de Nicolas Maduro.

La estrategia de las Cadenas de Islas, diseñada para contener la Armada china en el Pacífico Occidental, se complementa ahora con un esfuerzo por asegurar los pasos interoceánicos y las rutas hacia los polos.

En palabras de Damián Carca, *el control de los mares y de las rutas comerciales ha desempeñado un papel central en la construcción del poder de las grandes potencias*, es decir que, las grandes potencias, históricamente estuvieron vinculadas a la capacidad de proyectar poder marítimo, donde el imperio ha conquistado toda la tierra se lanza, se proyecta al mar.

Esta competencia adopta formas asimétricas pero complementarias. Mientras Estados Unidos apuesta por alianzas consolidadas y bases en países socios (Japón, Taiwán, Filipinas), China despliega una estrategia militar de anti acceso y denegación de área (A2/D2) y avanza, en lo comercial, mediante el “Collar de Perlas” y su “Larga Marcha Marítima”, invirtiendo en puertos y corredores logísticos que generan dependencia económica y capacidad de proyección militar futura.

La OTAN, por su parte, reconoce el desafío en su “*Concepto Estratégico de 2022*”, al identificar las am-

biciones y políticas coercitivas de China como un riesgo sistémico para los intereses de la Alianza. Sin embargo, su capacidad de respuesta enfrenta limitaciones logísticas evidentes cuando se trata de operar en teatro distantes de sus bases europeas tradicionales. El comodoro (R) Marcel Hallé, dirá, respecto a la base industrial de la OTAN, que *“la realidad actual es que las capacidades presentes no alcanzan el nivel que las naciones desearían si se produjera un conflicto de gran envergadura... el enfoque de ‘entrega justo a tiempo’ pone de manifiesto una vulnerabilidad”*.

La OTAN busca mitigar esta vulnerabilidad a través de una mayor cooperación con sus cuatro socios clave de la zona de Asia y el Pacífico: Australia, Japón, Corea del Sur y Nueva Zelanda –los llamados IP4, o *Indo-Pacific Four*–, que colaboran estrechamente con la Alianza frente a desafíos de seguridad globales y amenazas compartidas, promoviendo la estandarización de normas técnicas operativas, protocolos logísticos y capacidades industriales.

Filipinas, designada “Gran Aliado Extra-OTAN”, ilustra cómo incluso naciones no alineadas tradicionalmente buscan equilibrar la expansión china mediante la disuasión marítima. Al respecto, el capitán Pablo R. Pereyra dirá que *“las fuerzas estadounidenses y aliadas deberían operar desde múltiples bases pequeñas distribuidas en islas del Pacífico, evitando la concentración de recursos en instalaciones fijas vulnerables a ataques chinos”*. El autor continúa sugiriendo que *“Las lecciones extraídas [de los conflictos actuales] permiten anticipar cómo podría desarrollarse un eventual conflicto en el Indo-Pacífico, considerado hoy como uno de los principales escenarios estratégicos a nivel global”*.

En este sentido, tanto el Ártico como la Antártida se presentan como las nuevas fronteras de esta competencia, con un calentamiento global progresivo, y el derretimiento del hielo que abre nuevas rutas marítimas y permite el acceso a recursos que podrían reconfigurar el equilibrio global de poder.

Beijing observa con atención y paciencia a estos escenarios y espera la redefinición de las reglas internacionales después de la revisión del Tratado Antártico en 2048. Mientras tanto, consolida una red logística que hoy se presenta como comercial, pero que encierra la capacidad de un uso dual con alto potencial militar. Ivone Jara lo resume con precisión: *“Beijing ha ‘roto las cadenas’ que la contenían en el Indo-Pacífico y ha puesto rumbo certero al Atlántico-Pacífico... un puerto construido y administrado por China en territorio de Sudamérica es un clavo en el zapato del Tío Sam”*.

Por todo ello, la estabilidad global dependerá de la capacidad de las grandes potencias para gestionar este dilema de seguridad en expansión. Estados Unidos busca recuperar influencia en América Latina, mitigar la influencia de Beijing y asegurar rutas polares, mientras China teje una red global que desafía la hegemonía tradicional. En este contexto, la OTAN y sus socios deben acelerar la fortificación de su base industrial, mejorar su proyección logística y profundizar la coordinación con actores regionales.

La era de la competencia estratégica difusa y multidimensional exige visión a largo plazo, resiliencia industrial, dominio de los ambientes de la guerra y claridad doctrinal.

El sur del Atlántico y el Pacífico ya no es un teatro secundario: se ha convertido en uno de los escenarios decisivos del siglo XXI, e ignorarlo sería un error estratégico de consecuencias imprevisibles.